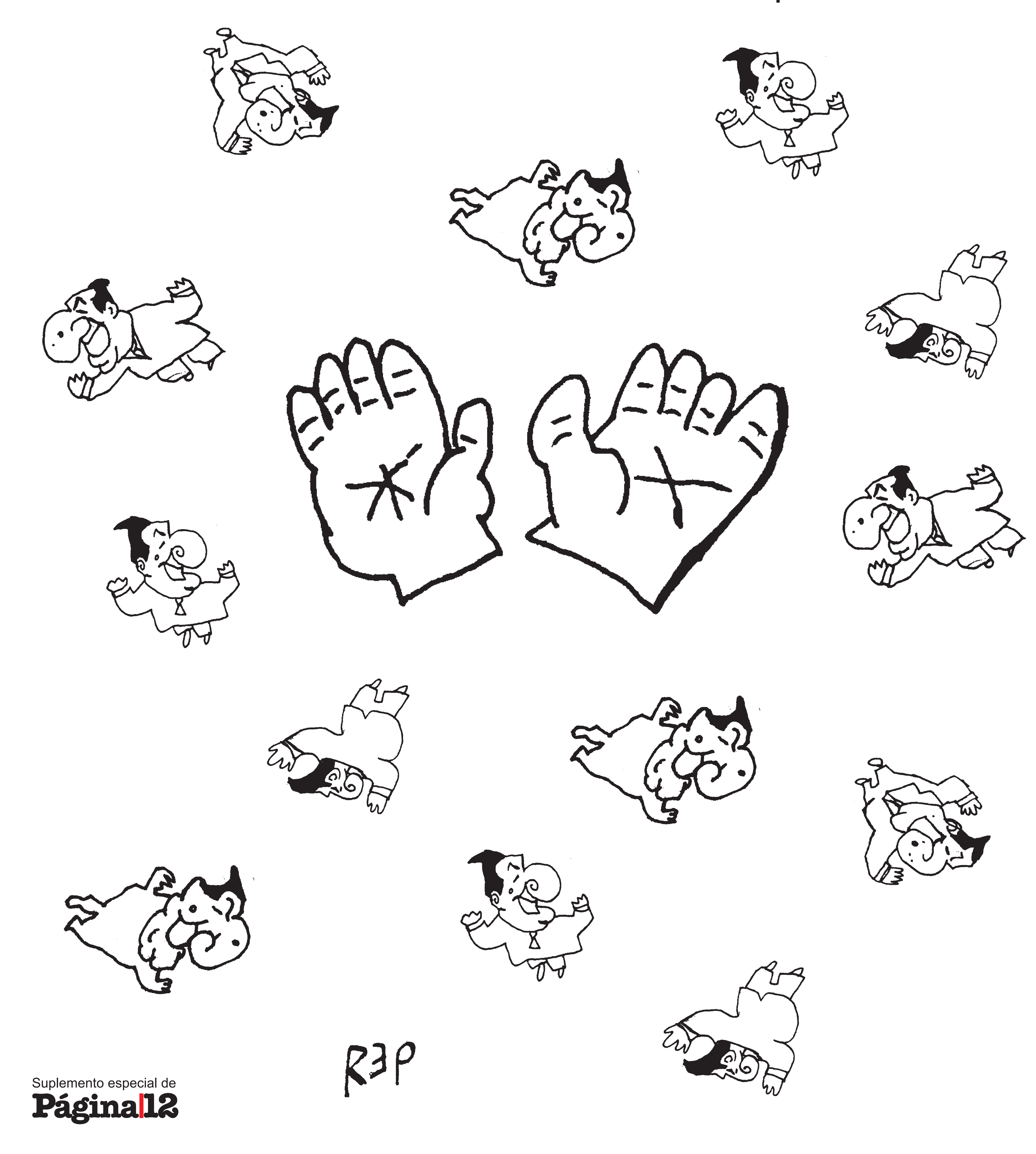
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

63 "Buenos días, General, su custodia personal"



Suplemento especial de
Página|12

LA INSTITUCIONALIZACIÓN

El año 1972 tiene que dar respuesta a la pregunta crucial, definitiva, la pregunta que todos se hacen, la que resolverá 15 años de la política del país: *¿Vuelve o no vuelve Perón?* En medio de esta coyuntura, se establece algo que los analistas políticos llaman "ajedrez". Se trata de una pulseada. El ajedrez entre Lanusse y Perón. Pienso que se trata de un curioso ajedrez en que los dos jugadores sobreactúan, ya que los dos –cada uno a su manera– quieren lo mismo. La *institucionalizacion* del país. A Lanusse le costaba mucho decir esa palabra que –para colmo– tenía que decir a cada momento. Empezaba acentuando largamente la "i" y esto le daba aire para largar cuidadosamente el resto. *Íns... titucionalización*, así lo decía. Se rumoreaba que, para sus adentros, maldecía: "¡Maldita palabra peronista!" Pero nunca falló, siempre la dijo bien. Al querer la institucionalización el que mayor precio pagaba por ese paso estratégico era Lanusse. Todo el sector gorila del Ejército se enfurecía. El general Toranzo Montero, símbolo de la Libertadora, protagonista de muchos de los célebres "planteos militares" que se le hicieron a Frondizi, exclama: "¡Esto es una traición al espíritu de septiembre del '55!" Notable frase. El "espíritu de septiembre de 1955" era el que había prevalecido durante todos esos años. Las Fuerzas Armadas fueron quienes lo cuidaron, quienes lo preservaron. A cada gobierno civil y subalterno que ponían le habrán dicho sin duda: "Ustedes están ahora en el Gobierno. Gobiernen. Lo único que no vamos a tolerar nunca es que se viole 'el espíritu de septiembre de 1955'". Se lo dijeron a Frondizi, al mínimo Guido y al buen viejito Illia. Cada uno de ellos –lo hemos visto– asumió con la esperanza de poder hacer algo propio. De no someterse por completo a ese espíritu. Frondizi lo violó antes de asumir el Gobierno con el pacto con Perón. Illia con su voluntad de democratizar el país, con algunos gestos, tenues, de dialogar en serio con el peronismo. Lo notable es que Toranzo Montero –aun en 1972– le echara en cara a Lanusse una traición al espíritu del '55. ¿Cuánto suponía que ese "espíritu" –cuyo eje fundamental era excluir al peronismo– podía durar? Para Lanusse había terminado. Y nadie podría decir que Lanusse no era gorila. ¡Qué gorila era Lanusse! Joven, a los 33 años, ya es parte esencial del golpe del '51, el de Benjamín Menéndez contra Perón. Un golpe por el cual Perón –desoyendo los consejos de Evita– no fusila a nadie. Decreta el Estado de Guerra Interno. La Libertadora, apenas tiene una intentona cuartelera, se descuelga con los célebres fusilamientos. Los historiadores, sin embargo, hablan del Perón dictatorial, del Perón fascista que decreta el Estado de Guerra Interno y omiten la causa: el golpe de Menéndez. Sólo hablan del Estado de Guerra Interno que le permite ganar las elecciones del '51. ¡No lo habría decretado si Menéndez no hace ese golpe! Pero total, mentir es gratis: suprimimos el golpe de Menéndez (respaldado por todos los políticos opositores y luego grandes "democráticos" de la Libertadora: Balbín, Frondizi, Ghioldi, Palacios y la mar en coche), ¿y qué tenemos? Que una buena mañana Perón se despierta medio torcido y decreta el Estado de Guerra Interno. Bien, de ese golpe de Menéndez forma parte Lanusse. Ahí, en 1951, ya está anotado. La cosa le sale cara: se come cuatro años de prisión en el sur. Lo liberan en 1955. Porque los libertadores liberan a todos los presos del peronismo. Tomemos el caso de Lanusse. Estaba preso por alzarse en armas contra las instituciones de la Nación. Y uno se dice: ¿no era por ese motivo que estaban presos los combatientes (los que practicaban la lucha armada y los que no) que liberó Cámpora? No hay cierta incómoda similitud entre los dos acontecimientos. ¿Por qué es totalmente legítimo y hasta un canto a la libertad abrirle las puertas de la cárcel a Lanusse que se había alzado en armas contra un Estado democráticamente elegido (¡y era liberado por un gobierno de facto!) y es una aberración, un agravio que costará la sangre de muchos, que servirá para justificar la matanza del '76 ("No podemos dejar vivo a ninguno porque si no después los van a liberar como en el '73"), abrir las puertas de las prisiones el 25 de mayo de 1973? En estas cosas que algunos, en la Argentina, pueden y deben hacer y otros no, está el secreto más hondo de las leyes que rigen nuestra historia. Lanusse era un general de la nación. Era un hombre de bien. Se había levantado en armas, no contra un gobierno constitucional, sino contra una dictadura populista que había avanzado, por medio del poder del sufragio que un pueblo ignorante le había conferido, sobre las libertades de los ciudadanos dignos de la República. El golpe del '55 es un golpe contra una tiranía y se hace en nombre de la libertad. ¿Cómo no liberar a Lanusse, que había dado el ejemplo de levantarse antes que todos contra ese orden demagógico? Por otra parte, los liberados el 25 de mayo eran subversivos, enemigos de la República, soltarlos era una irresponsabilidad. Era demostrar que el nuevo gobierno (al que sólo desdichadas circunstancias de la política y esa necia y persistente adhesión de ese pueblo de brutos a ese general tiránico) estaba con los guerrilleros. Esto se sigue pensando hoy. Hoy más que en otras etapas de nuestra vida democrática. Sigue vigente este pensamiento. Y adhieren a él los nuevos intelectuales no progresistas. Orgullosos de no serlo. Orgullosos de diferenciarse de esos jóvenes de ayer, extraviados y violentos. Y de los populistas de hoy que todavía los respetan y piensan que –acaso sí– muchos estaban equivocados, muy equivocados. Pero que en este país los grandes asesinos están de un solo lado. Los grandes, eh. Los que aprendieron con los paras franceses, con la inteligencia fría, con la racionalidad instrumental que los herederos de Descartes aplicaron en Argelia. Ya desde 1958 empezaron a llegar. Los militares argentinos los acogieron con fervor. Consideraron sus técnicas como las mejores en contrainsurgencia. En esta tragedia (porque no olvidemos jamás esto: todo lo que está ocurriendo es el camino sinuoso, acaso evitable, pero si lo era fracasó estrepitosamente en serlo, hacia una tragedia de desmedidas proporciones) no es fácil señalar quiénes fueron los que podemos llamar "inocentes". Cuando algo así ocurre todos hicieron lo suyo para que el camino no pudiera desviarse del abismo hacia el que conducía. Hay, sin embargo, una diferencia: algunos son culpables de no haber podido evitar el rumbo, otros son culpables por haberlo deseado casi enfermizamente, de haber hecho lúcida y eficazmente lo que había que hacer para llegar a él.

DICTADURA DEL PROLETARIADO

Como sea, queremos dejar clara una tesis central de este libro: el Decreto 4161 destila sangre. Los odios que despertó la Argentina Gorila desde 1955, el país al que maniató durante 18 años tenía que generar lo que generó. Perón, es cierto, era autoritario. Él diría que, sin haberlo sido, no habría podido hacer lo que había hecho a favor de los pobres. ¿Cómo no prestarle atención? Todos los teóricos del socialismo plantean una dictadura como etapa fundamental para vencer la resistencia de la burguesía. Marx llega a decir que el mayor aporte de su filosofía política es el de la *dictadura del proletariado*. Durante los primeros meses de 2008, el gobierno de Cristina Fernández –sin duda con ineficacia o torpeza o con mala trasmisión de sus intenciones– intentó tocar algo de las grandes ganancias del sector más tradicional de la Argentina. Estuvo a punto de ser volteada. Tuvo a todos los sectores sociales en contra. Nunca reprimió. No censuró a nadie. La democracia no sufrió ningún daño. Al contrario, los que se dieron el lujo de *ocupar* tácticamente el país fueron los dueños de la tierra, seguidos por los pequeños productores. Un símbolo perfecto de los tiempos de desconcierto o vaguedad ideológica en que se vive. El gobierno siguió sin reprimir, calmo y, por fin, cedió. Todo se resolvió, por fin, por medio de una votación en el Senado de la Nación que permanecerá como uno de los episodios más bizarros de nuestra historia. ¿Qué habría hecho Perón? Prepárense: ahora vamos a entender tal vez más que otras veces por qué Perón los injurió tanto. Perón –como era un dictador– les sacó todos los medios de comunicación a sus opositores. "Ustedes, señores, no hablan más. Las radios son del Estado y están a su servicio. Como el Estado somos nosotros, los medios de comunicación son nuestros." La oposición decisiva al gobierno de Cristina Fernández provino de los medios de comunicación, que están en manos de algunas pocas empresas. Desde los medios un periodismo eficaz se dedicó a denostar al Gobierno y a ejercer un persistente, exitoso ejercicio de penetración ideológica. Resultado: todos terminaron por hablar un mismo lenguaje, el que recibían desde los medios. Con Perón, eso no. Porque era un dictador.

Un autoritario. No era un demócrata. Demócratas fueron los del '55 que ni de lejos les mostraron un micrófono a los peronistas. Pero esto no se discute. Aquí, cuando algunos hacen una cosa está mal. Cuando la hacen otros, está bien. Y el motivo es claro: unos defienden la libertad y la democracia, los otros o son populistas o demagógos o subversivos. Perón, a los dueños de la tierra, les quita el poder de comercializar sus cosechas. Es el Estado el que compra y vende. ¿Cómo es posible hacer eso? Porque Perón era un dictador. Perón aumenta un 33% la participación de la clase trabajadora en el producto bruto nacional. ¡Ese hombre es un mago! ¿Cómo lo logró? Era un dictador. En *El avión negro*, una obra de 1970 de Cossa, Somigliana, Halac y Talesnick, un negrazo con bombo y todo le habla a Perón (que no está en escena, se trata de un monólogo del morocho): "General, no hay caso. ¡Hay que meterlos en cana a los oligarcas! Si no, no se puede hacer nada. Porque cuando ellos pueden –y casi siempre pueden– nos meten en cana a nosotros. ¡No podemos estar los dos afuera, general! O ellos están afuera y nosotros adentro. O ellos están adentro y nosotros afuera. Hágame caso, general. Si quiere gobernar tranquilo, ¡meta a todos los oligarcas en cana! Y algo más. Tiene que dictar una ley general. Una ley nueva. No, ya sé que los ferrocarriles son nuestros. Lo del IAPI también lo sé. La Fundación de la señora ayudó, sí. Yo digo algo más importante, general. Una ley definitiva: 'A partir del día de hoy y para siempre, ¡se prohíbe joder a los negros en todo el territorio de la Nación!'". Más ceñida a los países marginales, a los países pobres o periféricos, una posible *filosofía de la historia* sería la siguiente: a) Gobiernan, como siempre, las clases dominantes. Hay cierta democracia pero para los poseedores.

Los pobres tienen que trabajar duro y comen poco. Los diarios que funcionan son los de las empresas poderosos. Y uno que otro medio "zurdito" para cubrir ese espacio. Respalda al Gobierno el país imperial y el Occidente cristiano; b) Por medio de una revolución, o golpe de mano, o coyuntura inesperada, sube al poder un gobernante socialista o populista. Se acabó la democracia para los ricos. Hay democracia para los pobres, a los que el régimen expresa. Censura a la prensa. Relaciones difíciles con el Imperio. Apertura a otras geopolíticas. Distribución del ingreso. Expropiación de las superganancias de los dueños de la tierra. Nacionalización del sistema bancario. Grandes concentraciones populares. El pueblo y el líder populista o socialista se expresan su amor, su mutuo reconocimiento. El pueblo, al fin, vive horas de verdadera felicidad. El líder empieza a verse rodeado por un gran aparato de protección. Su seguridad lo obsesiona. Se establece una doctrina. Un Partido de afiliación masiva. Una gigantesca burocracia crece a la sombra del Partido y se instala en el Gobierno. Culto a la personalidad del líder. Su rostro, su figura cubren el país. Cerrado en sí mismo, sofocado por su grupo privilegiado, el líder se aleja de las masas. El Ejército comienza a desconfiar de él. El líder responde con una represión considerable. Hasta que los ricos, las clases tradicionales, el Imperio, el Ejército descontento, los burócratas traidores, voltean al líder. El pueblo permanece pasivo pues si algo no les ha dicho nunca el líder es cómo defenderse. Empieza, otra vez, con sus adecuados protagonistas, o sea: los ya conocidos, (a). Se trata de uno de los mecanismos más reiterados de la Historia.

LANUSSE: "SI LO TRAIGO, LO MATO"

Habrá otras interpretaciones, otras conjeturas, pero no dudaría en afirmar que Lanusse se empeñó en traerlo a Perón. A veces pareciera que no porque El Cano tenía un carácter podrido y se salía a menudo de sus casillas. En la década del '90 se largó una frase que probablemente expresara su más hondo sentir, su verdad: "Tengo para mí que no se puede ser buena persona y ser peronista". Algunos salieron a responderle esgrimiendo nombres prestigiosos del peronismo: Ramón Carrillo, Jauretche, Manzi, Scalabrini. Nadie dijo: "Perón". Lanusse se hubiera retorcido de la risa. No lo quería nada. Por eso quería destruirlo. Ya era hora. Elige la metodología del enfrentamiento directo: "A ver, venga". No lo dice así, pero lo dice así. Creo que Lanusse es ese militar que descubre el único modo de terminar con Perón: traerlo al país. Aramburu no quería traerlo para terminar con él, sino para transparentar la legalidad institucional. Controlar a Perón con la *asimilación al régimen*. Lanusse no quiere controlarlo. Quiere erosionarlo, deteriorarlo y, si es posible, destruirlo. Sabe el alto costo de gobernar un país, y más aún la Argentina. Ese viejo de mierda, piensa, la juega de vivo allá en Madrid. Todos le hacen el juego. Lo van a ver. Y él juega con todos. Bueno, venga. Vamos a ver cómo se las arregla.

El paso decisivo lo da en un discurso excepcional. Ante mil oficiales, en el Colegio Militar de la Nación, el 27 de julio de ese año de 1972, en horas del atardecer, Lanusse toma largamente la palabra: "Creo que nadie podrá dudar que este individuo (Perón) es una realidad, nos guste o no nos guste. Puede haber gente a la que le guste Juan Domingo Perón y a esta gente la respeto. No me respetaría a mí mismo si hoy, delante de ustedes, les dijera que a mí me gusta Juan Domingo Perón. Repito que nadie puede dudar que Perón es una realidad que juega un papel singular (...) A Perón se lo pretendió combatir en el terreno en el que considero que sin duda es el más fuerte: la trampa, el engaño, la intriga, los procedimientos oscuros o algunos, como el avestruz, pretendiendo ignorarlo". Dice que su Gobierno va a proceder de otra manera. Que se acabó la proscripción de Evita. Que ya la tiene en sus manos. Que la tiene guardada en su casa, donde "vive con su tercera esposa". (Este toque es inefable: Perón es, como siempre, un promiscuo. Un militar no tiene "tres esposas". Tiene una y listo. Para colmo, se sabe, Perón tuvo amores con la menor Nelly Rivas. Aquí Lanusse desciende a la moralina de lo peor del gorilismo.) Sigue: ¿por qué tiene a Evita en su casa y no la puso en algún cementerio? Porque teme que las peregrinaciones ya no vayan a Puerta de Hierro sino a donde yacen los restos "de la señora". (Aquí levantó la puntería.) Sigue: se refiere ahora al "retorno de Perón". El famoso retorno de Perón. Dice: "Señores: o regresa antes del 25 de agosto o tendrá que buscar un buen pretexto para mantener el mito de su eventual e hipotético retorno". Hasta ahora, afirma, no vino por razones de seguridad o para mantener su condición de conductor estratégico. No hay necesidad de estar a miles de kilómetros para distinguir la conducción estratégica con la táctica. Eso lo sabe hasta un cadete de primer año. Yo digo que nada reemplaza "la presencia física del comandante". "Si hasta Cristo, que era Dios, vino a dar la cara, no se mantuvo en el puesto de 'comandante de conducción estratégica', vino acá. Claro, terminó en la Cruz, pero triunfó estando en la Cruz". Y se manda a fondo: "Dije que si necesita fondos para financiar su venida, se los voy a dar. Pero aquí que no me corran más a mí, ni voy a admitir que corran más a ningún argentino diciendo que no viene porque no puede. Permitiré que digan 'porque no quiere' pero en mi fuero interno diré 'porque no le da el cuero para venir'". Observemos el tono personal del discurso. Si necesita fondos, "se los voy a dar". No se los dará el Estado Argentino. Él se los va a dar. Como de su propio bolsillo. Y la frase "no le da el cuero" fue dicha para la historia. Tenía, en alguna medida, razón. No es que a Perón no le diera el cuero para venir. Que no tuviera coraje para hacerlo. De hecho, vino. Pero no sólo era cuestión de "venir". Era venir y gobernar. Venir y ordenar el movimiento justicialista. Venir y ordenar el país. Para eso (y Lanusse sin duda lo sospechaba) no le dio el cuero. En suma, el Plan Lanusse podría resumirse así: "Si lo traigo, lo mato". Le salió. El final del discurso es de una enorme virulencia personal. Está cargado de odio. Si Lanusse juega al GAN (Gran Acuerdo Nacional), si ésa es su estrategia, la frase de su discurso la niega por completo: "La República no puede seguir viviendo extorsionada por los caprichos de un hombre que está muy próximo a que quede demostrado que no tiene mucho interés en servir a su patria, sino por el contrario; lo digo levantando la voz (*aquí ya estaba a punto de gritar*, JPF) y haciéndome plenamente responsable de lo que digo: de lo que tiene interés es de seguir sirviéndose de la patria, como lo hizo toda la vida".

"¡SIAMMO TANTI!"

Se armó un lío espectacular. Era una bofetada y había que contestarla. "La fecha del regreso la pone Juan Perón." "Perón vuelve cuando se le canten las pelotas." Tato Bores ironiza sobre el discurso de Lanusse: "Nunca se sabe cuánto cuero hay en un país como la Argentina. En una de ésas hay más del que algunos piensan". Poco antes de regresar, Perón habla desde la televisión italiana. Es la primera vez que se lo escucha hablar en italiano. Todos se sorprenden: ¡qué bien habla italiano el Viejo! Perón enfrenta las cámaras con una seguridad pasmosa. Ni que fuera Perón. ¿Cómo no vamos a triunfar?, se pregunta. Sonríe, mira a cámara, abre los brazos y dice: "¡Siammo tanti!" Ni Sordi habría estado tan gracioso. Lanusse no podía contra eso. Perón, quién no lo sabe, era un milico especial, sabía aflojarse, sabía *no ser* milico cuando no había que serlo. Esa noche, en *Polémica en el bar*, que estaba en su mejor momento, que era un programa formidable, notablemente hecho por actores de gran talento, han llegado todos al bar menos Minguito Tinguitella. A la mesa están Jorge Porcel (que era muy gracioso en 1972), Fidel Pintos, nada menos, alguien más que lamentablemente no recuerdo y Gerardo Sofovich, que no era lo que fue después. Al contrario, era el tipo que había ideado ese programa esencialmente porteño, entrañable, argentino al mango. Minguito Tinguitella era Juan Carlos Altavista, el personaje más popular de la mesa, no por ser el más conocido, sino porque era el que expresaba al "pueblo". Vestía con pantuflas agujereadas, llevaba un sombrero que le quedaba chico, una bufanda que siempre era la misma y un escarbadientes que no cesaba de mordisquear. A medida que el peronismo se acercaba al poder, que el regreso de Perón se presentía más cercano, Minguito, sin vueltas, se asumió como peronista. "Ahí viene el Mingo, che", dice uno de los de la mesa. Y entra Minguito reventando de orgullo. Y así, orgulloso, feliz, desbordante, saluda a todos: "¡Buona sera!" El país entero largó la carcajada.

Al día siguiente del discurso de Lanusse, Perón responde asumiendo el papel del razonador frío, sensato, del político ajeno al desborde: "Después del discurso descompuesto de Lanusse en el Colegio Militar, si es que a eso se le puede llamar así, no me siento inclinado a comentar sus incongruencias. La calumnia, la diatriba y el insulto son, en casos como éste, homenajes que se rinden a un mérito o a un valor (...) Habla de Gran Acuerdo y pacificación nacional e inicia una guerra abierta contra todos los que no sienten o piensan como él, a los que amenaza violentamente". Y ahora viene la injuria más dura, la que más le habrá dolido a Lanusse: "Indudablemente se siente como si estuviera al frente de su escuadrón en la formación de la tarde, sin percatarse siquiera de que ahora el asunto es un poco más grande" (Galasso, *Ibid.*, p. 1109. El *Perón* de Galasso es una obra monumental, de necesaria consulta. Lo único que yo le reprocharía –con todo el cariño que tengo por este viejo y fiel y honesto militante de las causas populares, un ejemplo ante el alud de "conversos" que nos azotan– es su amor por Perón. Porque o yo me equivoco o Galasso no era peronista cuando estaba en la izquierda nacional, con Enea Spilimbergo y Ramos. Editó, en pleno fuego cruzado, un pequeño libro en el que optaba fuertemente por la "patria socialista", después de

Ezeiza. Que fue la "patria" que Perón rechazó más que con vehemencia. Ahora, esta obra monumental, que merece gran respeto, se presenta casi como una hagiografía. Galasso, incluso, lo llama "Juan" a Perón, como se llama a un amigo o a un hermano. Se ve que lo quiere mucho. No podría decir que este cariño deteriore el enorme material que entrega la obra. Acaso sus opiniones personales. Pero eso nos pasa a todos. Yo no lo quiero a Perón como Galasso. No sé si alguna vez lo quise a Perón o fue siempre la contraseña para estar en ciertos lugares donde quería estar. Como sea, prefiero leer a Galasso que tolerar el odio mediocre de un periodista como Gambini. O las constantes agresiones de Luna que deterioran –aunque él diga que no– un libro como *Perón y su tiempo*, que pudo ser mejor. A Perón, a veces se lo quiere, pero a veces no. Absolutamente no. Sin embargo, se trata de asumir esa dificultad (a Dorrego, sin más, se lo quiere, por ejemplo) y trabajar por su medio la complejidad de la Historia, que no tiene una sola cara, que no es el lugar donde se enfrentan "buenos" y "malos". En Perón reside la dificultad para entender el peronismo. Era un tipo raro, urdido por muchas contradicciones. Si uno quiere puede simplificarlo todo y decir: "Lo amaron los humildes y lo odiaron los poderosos". O "lo amó el pueblo y lo odió la oligarquía". De acuerdo, eso fue algo que Perón *provocó*. Que Perón conquistó. Pero un balance definitivo no es tan simple. Y no es éste el momento de hacerlo.

Ya –por otra parte– lo venimos haciendo largamente. Seguiremos haciéndolo. Pero quererlo "a lo Galasso" nos resulta imposible. Es difícil "querer" a Perón. Perón no es un tipo para ser querido. Irigoyen lo era, pese a su hermetismo, pese a su autismo. Perón es sinuoso. Puede perder el control. Pero no es un apasionado. Rep hizo en una de las tapas de estos suplementos un dibujo impecable: le dibujó un cerebro en la cabeza y un cerebro en el corazón. Y es todo por ahora. Porque las peores cosas de Perón aún están muy lejos, y van a ser duras de entender, de integrar en una figura armónica. Salvo que uno busque una totalización simplista: "nazi", "facho", "líder popular antIimperialista", "viejo hijo de puta", "milico represor", o "ese viejo hijo de puta que nos recontracagó", algo que la militancia juvenil le ha dicho no pocas veces luego de su muerte. ¿Con razón, sin ella? Hay que seguir.)

ORTEGA PEÑA EN NUEVA CHICAGO

La respuesta más dura que recibió Lanusse se armó con una rapidez notable. Fue el extraordinario acto en Nueva Chicago. Era el 28 de julio de 1972, era una noche espléndida y toda la militancia llenó las gradas con estrépito, con furia. Es una de las primeras veces que la consigna *Luche y vuelve* suena atronadoramente. Se había levantado una plataforma en medio de la cancha y, sobre ella, se veían los protagonistas. Algunos, muy pronto, habrían de agarrarse a los tiros. Porque estaban Norma Kennedy y Rodolfo Galimberti, ya a esta altura el líder de la Jotapé. Hablarían esa noche, todos. Pero el que habría de entregar un discurso inolvidable, incluso espectacular sería Rodolfo Ortega Peña. Fui con mi amigo Arturo Armada, que dirigía nuestra revista *Envido*. Arturo y yo éramos tranquilos y buscamos, según costumbre, un lugar de buena visual y cierta seguridad. O sea, que tuviera una puerta cerca para salir rajando. La primera lucha de consignas (empezó en ese acto) fue la que se dio entre la *Patria Peronista* y la *Patria Socialista*. Con Arturo decíamos: "Es lo mismo. Es lo mismo". La Jotapé ya tenía una buena consigna: "La Patria Peronista es la Patria Socialista" y tendría aún otra mejor: "Vamos a hacer la Patria Peronista/ Vamos a hacerla/ Montonera y Socialista". *Había cerca de 20.000 personas*. Cerraría el acto Héctor Cámpora. El *Luche y vuelve* ya era una realidad incontrastable. Todos lo voceaban. Era lo que daba unidad a todas las fuerzas diferenciadas que desbordaban las tribunas de Mataderos. Hay una muy buena de foto de Galimberti en este acto. Se lo ve con su sacón de cuero negro. La mano en alto remarcando alguna frase. Los ojos grandes y claros y el pelo bien a la gomina. Nunca se me hubiera ocurrido que se parecía mucho a un tacuara. Simplemente porque me había olvidado por completo de esos personajes del pasado. Todos los que nos rodeaban cantaban empecinadamente: "FAP, FAR y Montoneros, son nuestros compañeros". Lo cantaban *demasiado*. Le daban distintos ritmos. Saltaban o movían los brazos y las manos. No eran militantes de Montoneros, organización que aún no se había dado una política de superficie pues, obviamente, debía seguir en la clandestinidad. Pero tenía vigencia ese deslumbramiento por la lucha armada. "Lucha armada/ Perón en la Rosada", "Fusiles y machetes por otro diecisiete". Al poco tiempo, la derecha responderá: "Yo hice el diecisiete/ sin fusil y sin machete". Algo cierto pero que poco incomodaba a la Jotapé. Este 17, el de hoy, el que habría de traerlo a Perón, sería con fusiles y machetes, porque el 45 había quedado muy atrás y estos eran tiempos duros, revolucionarios. El Che no existía en 1945. Hoy, señalaba el camino. Una consigna homofóbica –de esas que indignan a Sebreli– se canta luego de algo que dice Norma Kennedy: que Lanusse "hace gala de una hombría que no tiene". Y de todas las tribunas, 20.000 voces gritan: *Atención, atención/ se corre la bolilla que Lanusse es maricón.* Decirle "maricón" a un general de la Nación era un agravio serio. Además, en 1972, todo el mundo decía "maricón" o "puto". No había surgido la valoración de las diferencias. De modo que si quieren decir que la Jotapé era homofóbica podríamos decir que los empleados de *Casa Tía* también lo eran o los de la *Franco Inglesa* o los de *Casa Muñoz*. No era privativo de los jóvenes militantes. Era privativo de los tiempos. Más adelante, analizaremos la célebre consigna: *No somos putos/ no somos faloperos/ somos soldados de Perón y montoneros* que es totalmente coyuntural. Al día siguiente de Ezeiza, los fachos sacan una enorme solicitada en todos los diarios en la que se dice: *Los drogadictos y los homosexuales contra Osinde*. Ahí surge esa consigna en que la comunidad gay argentina –al calor de los análisis de Sebreli y de una aceptable novela del periodista Osvaldo Gallone, *La más maravillosa música*, que presenté en la Feria del Libro, y lo digo para que vean que de homofóbico no tengo nada– encuentra el pecado de homofobia de los militantes de los '70. Pobres: los boletearon a casi todos y ahora, además, les dicen homofóbicos. Sin embargo, lo que hay que rescatar de la consigna "homofóbica" es la creatividad que había en las tribunas de Nueva Chicago. Nadie había ido con esa consigna preparada. Surgió al calor del discurso de Norma Kennedy. Cuando dice: Lanusse compadrea con una hombría que no tiene... *Ahí nomás se arma la consigna. (Atención, atención/ se corre la bolilla/ que Lanusse es maricón*). Era un diálogo entre los oradores y las tribunas, que respondían creando consignas. O que imponían temas con sus cánticos. Si voceaban: *Ni votos ni botas/ fusiles y pelotas* daban testimonio de su rechazo a las elecciones ("ese recurso del régimen") y su apoyo a la lucha armada, a la toma del poder por medio de la violencia. (Algo que ni remotamente pasaba por la cabeza de Perón aun cuando en ese momento les enviara cartas incendiarias.)

Pero el gran discurso es el del brillante Rodolfo Ortega Peña. ¡Cómo admiraba, en 1972, a Ortega Peña! Lo seguí admirando pero ya en la disidencia por su adhesión excesiva –según lo veía yo– a la lucha armada. Pero en 1972 Ortega Peña era la cumbre de la inteligencia al servicio de la militancia. Él y Duhalde (da bronca, hoy, tener que aclarar "Eduardo Luis") habían creado la editorial Sudestada y editaban libros que ellos escribían y de otros autores. Pero los de ellos eran excepcionales. *Facundo y la montonera* y *Felipe Varela contra el Imperio Británico* eran dos joyas totales. Más adelante voy a analizar *Felipe Varela contra el Imperio Británico* según la hermenéutica del segundo Heidegger. Nos vamos a sorprender, pero Heidegger habría admirado ese libro. Y sobre todo su título. ¡Qué desafiante es! Ortega Peña y Duhalde se dan cuenta de la disparidad enorme de las fuerzas que están enfrentando, pero saben que es así: que contra quien peleaba Felipe Varela era contra el Imperio Británico. Contra la apropiación técnica de la naturaleza a manos de la extraviada razón occidental. Varela era el agónico defensor de un mundo que se resistía a ser arrasado por la razón técnica, por el hombre occidental que ha olvidado al ser en su conquista de los entes. Buenos Aires era la civilización del capital, de la burguesía tecnocapitalista que arrasaba el mundo hasta llegar a ese día en que Heidegger dirá: "Esto en lo que el hombre vive ya no es la tierra". ¿Y, quién podría todavía decir que el neocolonialismo llevó al progreso y a la igualdad con los países metropolitanos a los países subalternos, periféricos? ¡No, señores! Eternizó su atraso. Por eso Felipe Varela, absurdamente quizá, guerreaba contra el Imperio Británico. En el Nº 2 de *Envido* yo había publicado un breve ensayito sobre Felipe Varela. Se llamaba: *Felipe Varela y la lógica de los hechos*. Alguien, cierta noche, me dice: "Che, lo vi a Ortega Peña. Está haciendo una huelga de hambre en (me dice la dirección). Cuando le dije que era amigo tuyo me pidió que te felicitara por tu trabajo sobre Varela y que quería hablar con vos". Me fui rajando a la dirección que tenía. Y Ortega había levantado la huelga de hambre. Se había ido a morfar, el turro. Nos cruzamos sólo un par de veces. Esa noche, en Nueva Chicago, la pelada le brillaba como nunca. Se larga a hablar. Una oratoria poderosa. Representaba a la Asociación de Abogados Peronistas. Dice: "Esta juventud de hoy tomará las armas y seguirá la lucha, sin pedir y dar cuartel, hasta el triunfo final (...) Hay que apoyar la consigna 'Luche y vuelve' y Perón será traído por el movimiento pronto, muy pronto, y hay que tener presente lo que Perón dijera a todos aquellos que quieren entregar la Argentina a los monopolios extranjeros, que son vendepatrias, nosotros les decimos a esos que son hijos de puta" (Felipe Celesia, Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguilar, Buenos Aires, 2007, p. 223). El Estadio estalló unánime. Pero eso no fue todo. Ni fue lo más importante. Ortega Peña apeló a un recurso visual poderoso. Ahí, se adueñó de todos. Dijo: "En cuanto al discurso de Lanusse ante los mil afiliados del Partido Militar... En cuanto a ese discurso, compañeros... Lo que hago, ¡es esto!" Y de algún lado sacó una poderosa cantidad de papeles hechos trizas y los arrojó al campo de juego. Como soplaba ya un vientito nocturno los papelitos fueron largo rato de un lado a otro mientas las tribunas lo vivaban, lo aplaudían y llenaban de puteadas a Lanusse. Ese era Ortega Peña. Había nacido en septiembre de 1935. Estudió fuertemente filosofía, fue compañero de Ernesto Laclau. Estudió con el mítico Raúl Sciarreta. Pero se decidió por la abogacía. Ahí, con perdón, le faltaron pelotas. Porque a todos los que estudiamos filosofía nos ponen la alternativa de hierro: "Mirá, te vas a morir de hambre. Mejor estudiá Derecho y mantenés la filosofía como un hobby". A mí no me pasó. Pero, en cambio, me faltaron pelotas para muchísimas de las cosas que hizo. Sólo quiero recordar un momento suyo. Después hablaremos más. En 1972, lo encuentro en un bar. Está con dos tipos más. Habla y habla y maneja papeles, pone unos arriba de otros y después los cambia de nuevo y sigue hablando. ¡Qué vivo estaba ese hombre! ¿En qué andaba? Quería extraditarlo a Krieger Vasena, ese eterno servidor del gran capital. Sabía que había cometido delitos económicos graves y quería que se lo juzgara. En ese momento era un acto casi demencial.

Krieger era un intocable. No pudo extraditarlo. A él, en cambio, lo asesinó la Triple A. Krieger siguió asesorando exitosamente a todos los poderosos de este país. Y a los del exterior. Nadie, nunca, lo molestó. Así estamos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

"Buenos días, General, su custodia personal" (II)